# Asesinato de Tacones

**Asesinato de Tacones**
Susana Zorraquino

**Editado por:**
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 9788418031182

Maquetación, diseño y producción
© 2019 Susana Zorraquino
© 2019 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

# Asesinato de Tacones

Susana Zorraquino

*A mis hermanas, que siempre han apostado por mí como escritora.*

*Esta novela es ficción y sus personajes son totalmente ficticios,*
*aunque haya referencias reales a localizaciones.*

# Índice

I. El cuerpo ..... 11

II. Algo está empezando a oler mal ..... 19

III. Una nueva prueba ..... 27

IV. Una aventura entre Alapont y Alcañiz ..... 37

V. Posible nuevo sospechoso ..... 41

VI. ¡Qué olor a pescado! ..... 51

VII. La frutera, la panadera, el bar y el chino ..... 57

VIII. La noche del hotel ..... 67

IX. Los vecinos ..... 75

X. Segunda noche de hotel ..... 83

XI. Con Lorena ..... 89

XII. Los sospechosos ..... 95

XIII. Viaje a Madrid ..... 99

XIV. Crimen de primeras ..... 109

XV. El juego del padre ..... 115

XVI. En la discoteca la pitón ..... 123

XVII. Con los padres ..... 131

XVIII. El salto a la prensa ..... 135

XIX. Las bailarinas ..... 141

XX. La primera detención ..... 149

XXI. Las camareras de la pitón ..... 155

XXII. La camarera del cerebro ..... 161

XXIII. Los vagabundos ..... 169

XXIV. Una copa con Alcañiz ..... 177

XXV. Caso cerrado ..... 181

XXVI. El después ..... 191

# I
# El cuerpo

Voy corriendo todo lo que puedo, alguien me persigue desde que salí de la discoteca, me va a alcanzar, corre más que yo; voy con tacones y a estas horas llevo los pies doloridos, me va a pillar, no sé qué intenciones tiene. Caigo al suelo. Pierdo el conocimiento. Me despierto y siento que me ahogo. Ese alguien está apretando fuertemente mi cuello con sus manos. No veo nada. Me ha puesto algo en la cabeza. Las manos las tengo atadas por delante. Me ahogo. Me ahogo. Y ahora un frío acero entra en mi pecho… Eran las tres de la madrugada, en Valencia.

A las ocho de la mañana, como cada día, Laura Duch salía a correr por el Parque de Cabecera cuando, de pronto, se encontró el cuerpo sin vida de la joven que habían asesinado esa misma noche. Se puso muy nerviosa, tenía tan solo 21 años, estaba estudiando medicina y se acercó a la mujer para comprobar las constantes (efectivamente, estaba muerta), no sabía qué hacer y llamó a la policía. Enseguida se presentaron dos coches de la Policía Nacional con el comisario Fabras a la cabeza, dada la importancia del caso, los agentes Marta Valls, Paco Alcañiz y Albert Agost y la forense Elena Fuster.

Lo primero que tuvieron claro los agentes y el comisario es que no había sido un robo. La víctima, aunque estaba desnuda, tenía

su bolso y su monedero tirados junto a ella, además de los pendientes, el collar y las pulseras. Miraron la documentación. La víctima era Victoria Planells Roig, de 33 años, española, valenciana, entre la descripción física que realizó la forense: castaña, pelo ondulado, ojos marrones claros, delgada.

— Ya os puedo decir, dijo Elena, que aunque veáis esa puñalada en el pecho, no es la causa de la muerte, aunque la víctima, en mi opinión, todavía la pudo sentir en su último aliento.

— ¿Y de qué murió entonces?, se apresuraron a preguntar al unísono los agentes Alcañiz y Agost.

— Fue estrangulada. Le apretó el cuello hasta la muerte. Mirad las marcas de las manos en el cuello. La cuchillada no fue más que un juego para él y una forma de despistar o quizá una firma. Intentad buscar alguna colilla, algo que se le pudiera caer al asesino…, ¿Vale chicos? Y si hubiera algo de la víctima, por supuesto, también, y haced fotos de la escena del crimen, ordenó a los agentes Elena.

La víctima vivía con su madre y su padre y tenía un hijo como madre soltera. Había que avisarles. Esta parte era muy desagradable.

— Ocúpate tú de esto Valls, que tienes más tacto, le mandó el comisario Fabras.

La agente se puso a ello. Citó a los padres en comisaría, donde les daría la noticia en persona.

Llegaron sin saber para qué les habían citado. No les habían querido adelantar nada por teléfono. Cuando lo oyeron, se deshicieron en lágrimas; el padre por los suelos, la madre no se lo podía creer, decía constantemente el nombre de su hija, Victoria, y de su nieto, Carlos.

Cuentan sus padres, Victor Planells y Carmen Roig, que Victoria tenía muy buen carácter, que era muy risueña, que nunca gritaba, que siempre estaba cantando aun cuando estaba haciendo las tareas del hogar, que adoraba a su hijo, de un año, que nunca había querido decir quién era el padre.

—¿Tenía algún enemigo?, preguntó la agente. ¡Qué va! Era muy amigable, muy amable, sociable. ¡Quién le ha podido hacer esto a mi niña!, decía la madre. ¿Y qué le han hecho, agente?

—Todavía no podemos decir nada hasta que no la revise bien la forense, después, pasarán a identificar el cadáver.

Mientras, la forense Elena Fuster trabajaba en el cuerpo de Victoria. Tenía la causa de la muerte, la asfixia, luego la puñalada, pero necesitaba más pistas que estaban allí seguro. No había sido violada ni había restos de semen en el cuerpo. Observó los pies, supo que había corrido antes de ser atrapada, entonces se habría defendido, en las manos está la clave. En las manos tendrá restos epiteliales del asesino. Ella se defendería. Pero vio las marcas de las muñecas y que se las habían atado. Estaba igual. Intentó sacar alguna huella aunque fuera parcial del cuerpo o del bolso pero las que había no estaban fichadas. Así que dejó descansar la mente y ya volvería en otro momento con Victoria. Pero estaba difícil.

Los padres pasaron a la morgue para identificar el cuerpo y efectivamente era ella. Los llantos no podían sonar más fuerte. ¡Ay! ¡Qué dejas a Carlitos huérfano con un añito! ¡Ay mi niña!...

Los agentes Alcañiz y Agost se habían quedado a tomar declaración a Laura Duch, la persona que había encontrado el cuerpo. Poco podía contar más de lo que ya se sabía. Que había encontrado el cuerpo, lo había tocado para ver si tenía pulso y había llamado a la policía. Laura era baja, pelirroja, con pecas, delgada,

pelo corto a media melena, ojos azules, guapa y tenía tres hermanos. Su aspecto físico le hacía parecer todavía más joven de esos 21 años que tenía. Vivía cerca de Victoria, aunque no se conocían. Al estudiar medicina, enseguida se prestó como ayudante de la forense. Los agentes le consultaron a Elena y ella afirmó con la cabeza y rápidamente le dijo que se pasara al día siguiente por la Comisaría de Valencia Centro. Laura Duch iba a colaborar con la Policía Nacional. No podía estar más contenta la joven. Aunque las circunstancias fueran esas.

Cuando el padre de Victoria, Víctor, salió de comisaría ya lo tenía decidido. Lo llevaba pensando desde que le habían comunicado que su hija había sido asesinada. Él Iba a recurrir a una amiga suya de la Policía Municipal de Quart de Poblet que tenía experiencia resolviendo crímenes, porque ya habían recurrido a ella para lo mismo: Yolanda Alapont. Tenía confianza total en ella y además eran amigos. La agente Alapont tiene 36 años, es de Quart de Poblet, como Víctor, con padres separados, vive con su madre y su hermana, se licenció en Derecho y trabaja en la Policía Municipal. De estatura normal, pelo largo y moreno, ojos verdes y grandes, delgada, elegante, sabe escuchar, es muy buena con lo suyo y no le gusta que luego otros se pongan las medallas. Adora a los animales, tiene un perro en casa y odia, especialmente, a los hombres machistas.

— ¿Puedo hablar con Yolanda, por favor?, dice Víctor por teléfono.

— Sí, soy yo, contesta.

— Yolanda, ¡qué alegría escucharte!, soy Víctor Planells.

— ¡Hola Víctor!

— Me ha pasado algo terrible y necesito tu ayuda

—No me digas. ¡Cuéntame!

—Mi hija ha sido asesinada y quiero que tú te ocupes de la investigación, tengo un presentimiento muy grande contigo. Sé que tú encontrarás al asesino o a los asesinos.

—¡Qué me estás diciendo! ¡Victoria! ¡Madre mía! Te acompaño en el sentimiento, Víctor. No imagino lo que tenéis que estar pasando. Dale muchos besos a Carmen. En cuanto a la investigación, de eso se encargará la Policía Nacional de Valencia, ¿no? Yo no puedo meterme ahí; es su competencia.

—Hablaré con el comisario. Le diré que quiero que seas tú.

—Yo por mí, si se alcanza un acuerdo, adelante. Si es tu deseo, lo cumplo, por supuesto. En estos momentos todo lo que sea ayudar y en todo lo que pueda, cuenta conmigo.

—Muchas gracias Yolanda.

—De nada, Víctor. Te mando un abrazo muy grande.

—Mañana hablamos.

—De acuerdo. Hasta mañana.

Después de la llamada con Yolanda, Víctor no tardó en volver a la comisaría para hablar en persona con el comisario Fabras. Le contó su intención. Quería que la investigación la llevara Yolanda Alapont, agente de la Policía Local del vecino municipio de Quart de Poblet.

—¡Estamos locos!, gritó el comisario. Aquí mando yo y esta investigación la llevamos nosotros.

Víctor le habló como padre que ha perdido a su hija y le habló del instinto de la agente Alapont. Finalmente, después de una larga

charla, el comisario Fabras aceptó con la condición de que la compañera de Yolanda fuera una agente de la Policía Nacional. Sería la agente Marta Valls.

— Y por supuesto, todas las cuentas me las rinden a mí personalmente. Mañana puede empezar

— Muchas gracias comisario, no sabe lo importante que es esto para mí y lo que significa que haya aceptado mi propuesta.

Víctor se fue a casa y llamó de nuevo a Yolanda Alapont para contarle rápidamente las novedades.

— El comisario Fabras ha aceptado que lleves el caso del asesinato de Victoria, le dijo Victor a Yolanda como buena noticia, pero con la felicidad que un padre con su hija asesinada puede tener.

Yolanda le dijo que mañana muy temprano hablaría con su superior y que luego se trasladaría a la Comisaría de Valencia Centro para comenzar a trabajar en el caso de Victoria.

— El Jefe de la Policía Local, Pere Adell, seguro que me da el permiso, le dijo Yolanda a Víctor. A él le gusta mucho estas cosas que pueden mediatizarse. Él ve titulares: "Policía Local de Quart ayuda a la Policía Nacional de Valencia a resolver un asesinato". Perdón, Víctor.

— No pasa nada, Yolanda. Es así. Mi hija está muerta, tengo que asumirlo. Se lanzó de nuevo a llorar.

— Venga Víctor. Sé que nada te va a consolar, pero tienes que ser fuerte para encontrar entre todos al asesino de tu hija. Y tienes que ser fuerte para cuidar de Carmen y de Carlitos; ellos necesitan verte entero, y con un hombro fuerte para apoyarse.

Pere Adell, el Jefe de la Policía Municipal, compartía también el origen de su padre, Quart de Poblet. Tenía 48 años, mujer y dos hijas, por lo que se puso en el pellejo de Víctor Planells, teniendo además solo una hija. Pere se licenció en Derecho, aunque en vez de seguir esa carrera, decidió entrar en la Policía Local. Casi de extremada delgadez, tenía el pelo negro y corto, bigote y perilla, piel morena, nariz más bien larga, era bajo –medirá 1,65-, pero más bien guapo. Era un tipo duro. Está encima de todo lo que sucede. Quiere saberlo todo, y cuando algo no le sale como él quiere, levanta la voz y se caga en todo. Ante la propuesta de Yolanda, le dice que sí, pero con una condición, él también quiere conocer los detalles de la investigación, y si puede acompañarle a algún interrogatorio, que se lo diga. Nunca antes había tenido una oportunidad así.

La agente Alapont salió de la sede de la Policía Local y marchó a la comisaría. Allí se presentó ante el comisario Fabras y este le presentó a la agente Valls. Marta Valls tenía 34 años, nacida en Valencia capital, vivía con sus padres y dos hermanas y había estudiado Química. De estatura normal, pelo largo, castaño claro, rizado, ojos marrones, delgada, noble, sabe dar órdenes y aceptarlas, va a encajar muy bien con Yolanda.

Yolanda Alapont y Marta Valls se pusieron en marcha rápidamente, aproximaron una pizarra, cogieron un rotulador y empezaron a poner nombres sobre el panel, nombres de personas que había que entrevistar y que de momento todas eran sospechosas. Laura Duch ya estaba entrevistada, los padres de Victoria ya estaban interrogados; quedaban personas cercanas a Victoria: los tíos de la víctima por ambas partes, el padre del hijo de la víctima, su mejor amiga, más amigas de victoria, amigos, vecinos, si tenía algún novio y propietarios de los comercios pegados a la finca donde vivía la víctima, entre otros que irían surgiendo seguramente conforme avanzara la investigación.

# II
# Algo está empezando a oler mal

Yolanda no había podido dormir en toda la noche. Los nombres y las posibles caras daban vueltas en su cabeza y el cuerpo de Victoria asomaba sin cesar. Había visto las fotos del escenario del crimen. La víctima había aparecido desnuda, en cruz, con las piernas juntas y estiradas y los brazos estirados uno hacia la derecha y otro hacia la izquierda formando una cruz. Llevaba también una rosa roja sobre el pecho. La ropa no la encontraron por ningún sitio. Esa escena también tenía que significar algo. Cuando llegó a la comisaría ordenó a los agentes Alcañíz y Agost que investigaran si había habido más asesinatos con este tipo de puesta en escena.

El agente Alcañiz, Paco Alcañiz, tenía 39 años, nacido en Teruel, aunque de joven ya estaba instalado en Valencia, pronto asumió la orden y se sumergió en la hemeroteca y en los archivos. Alcañiz tenía una mujer y una hija, era diplomado en Magisterio, aunque le llamó lo de pertenecer a la Policía Nacional tras un robo que sufrió en su propia casa, de físico era bien parecido, un poco brusco en el habla, con acento de su tierra, alto, moreno, afeitado siempre, musculoso, entrenado y perfumado. Tenía un gran corazón.

Marta Valls ya estaba en su mesa ordenando los nombres para las entrevistas y buscando direcciones y números de teléfonos.